

El jugador N°13

SKARMETA



Sobre masas y levaduras

Cuando Albert Camus tuvo que precisar lo que había aprendido de sus años de fútbol, escribió que la gran lección que le dejó este deporte es que la pelota nunca llega donde uno la espera.

Esa misma melancólica reflexión es la que debe haber ocupado la red cerebral del arquero César Baena al ver desfilarse el balón por sus narices para ir a amansarse en el flanco izquierdo de su valla. Este puntapié —que algún comentarista del canal católico definió como dado por tres dedos (presumo que de un total de cinco)— fue el soporífero que mandó a la cama el primer tiempo del juego entre Brasil y Venezuela por las eliminatorias de la Copa del Mundo 90.

Venezuela, temerosa de una goleada, tuvo el buen tino desesperante de enredar el juego y Brasil, que no había demorado nada en tomarle la temperatura a su paciente, dejó que el ataque venezolano se asomara a las inmediaciones de su área grande, sabedor de que las contorsiones y espasmos de esa delantera eran apenas un *alibis* para el griterío de los simpáticos hinchas que me imagino llegaron al estadio Brígido Iriarte con más humor que esperanzas.

El sello de este equipo venezolano es en efecto su carencia de peligrosidad. Son juguetones y animosos, pero inofensivos hasta el tedio. Caracteriza al temple caraqueño un talento especial para hacer grandes levaduras con poca masa. Es tal la sensualidad de sus habitantes, tantas sus ganas de vivir, que de las estrecheces hacen avenidas. El lenguaje es en ellos una fiesta. Con poca masa hacen la mejor levadura de América Latina. No necesitan posar de trascendentes para serlos. Ahí están su sólida democracia, la literatura de Luis Britto García, el teatro de José Ignacio Cabrujas, el cine de Román Chalbaud. Todos estos magos son desconocidos prácticamente en Chile, porque Latinoamérica con mayúsculas existe sólo en los gorgoritos retóricos de los políticos que echan un sermón a la hora de los postres en los banquetes sobre el super olvidado Simón Bolívar. Da la impresión en Chile de que Latinoamérica sólo existe en la vida pública a través del *foot-ball*.

Pues bien, esta Selección venezolana carece aún de estatura para empinarse frente a un rival como Brasil. No cuenta con la masa mínima para hacer el milagro de un queque, aunque sí hizo el milagro de un gol precisamente contra Brasil en la Copa América. Pero es un prodigio que también tiene una alquimia geográfica. El domingo siete fue de Maldonado, venezolano de magma uruguayo.

En el segundo tiempo Venezuela relajó las articulaciones pero sin meter otro sistema en el *computer*. Hubo alguna alegría dicharachera en un par de avances que los defensas brasileños detuvieron casi con desgano y llegado el momento Brasil le levantó la tapa a la olla y los goles manaron solventes, cómodos, hermosos, armónicos. Así como todas las jugadas de Venezuela eran previsibles —diseñadas por una tarjeta de principiante—, las de Brasil tuvieron siempre el toque inesperado, la cintura mareadora, el *dribling* de fantasía y la precisión final. Ese entrenador sí que tenía más *disquettes* para nutrir su cuadro: sacó al super *crack* Careca —acostumbrado a rivales más sólidos— y aliñando los avances con Silas le devolvió aire y espacio a Bebeto y Romario. Goles, casi goles, y pachorra.

De los cambios de Venezuela, sólo cabe señalar la salida de la cancha de Febles, quien había estado débil.

Si Chile tendrá el próximo domingo fantasía para desarticular a Venezuela está por verse. La defensa brasileña es un muro de los lamentos, ahí mueren todas las ilusiones. La nuestra es un término medio ideal entre una pandereta y un colador (excepto Roberto Rojas). Por muy leve que sea el ataque venezolano no podríamos descartar los zapallazos. Si el juego del domingo próximo se acartona, por el legítimo deseo de todos de ir a Italia 90, un resultado posible sería un cero a cero. Si los dos equipos juegan fútbol, Chile podría ganar por tres goles contra un zapallazo. Hago esta profecía con la seguridad de que si fracaso como brujo puedo volver a los potreros con la frente marchita.

Del partido mismo cabe destacar el luminoso azul de la tenida del arquero de Brasil, Taffarel. Su madre puede estar feliz. No tendrá necesidad de lavársela para el próximo domingo. Se le vio una vez en un saque de gol y las chiquillas del barrio lo encontraron la muerte de buenmozo. Qué tal es al arco, es un misterio pendiente.

En cuanto a los padres venezolanos, no tienen para qué romperse la cabeza al elegir la próxima Navidad entre una pelota de *foot-ball* o un bate de *baseball* para sus regalones.

El bate, queridos cofrades.

Un apunte marginal del autor de esta nota en el instante postrero. La emoción de escribir esta crónica con un dedo entintado de verde después de veinte años. Al menos en este rubro: ¡gol de Chile!

ANTONIO SKARMETA.